

## JAUJA, SONIA CUNLIFFE Y EL MURO DE LOS FANTASMAS

Jauja y sus perennizados vecinos de fines del siglo XIX y principios del XX, los señores de esa pequeña ciudad pero también los pobladores humildes y los campesinos que cosechan en el paisaje maravilloso de su campiña. Jauja, tierra de solaz y abundancia, la segunda ciudad que los españoles fundaron en el Perú en 1534 sobre los míticos restos de un emplazamiento inca. Jauja, la elegante, la cosmopolita, la ciudad sanatorio que en su época de apogeo acogió a los más distinguidos moradores de Lima y del mundo que arribaban atraídos por las curas de reposo al amparo de su benéfico clima seco, en la esperanza de que este les devolviera la salud a sus parientes enfermos de tuberculosis y de otros males respiratorios.

De allí, de Jauja, que fuera asimismo el terruño del desconocido Teodoro N. Bullón Salazar, relojero y fotógrafo, proceden las fotografías de este impresionante archivo de placas de vidrio que se hallaba abandonado y extraviado, y que gracias al rescate y la intervención artística de la fotógrafa Sonia Cunliffe, nos revela a los personajes de un mundo desaparecido –aunque ahora felizmente recuperado.

Sobre Bullón sabemos que era comerciante y propietario de un Gran Bazar, sito en la calle Grau 73, Jauja, donde además contaba con un bien implementado taller de fotografía. Viajero por las serranías y cazador de imágenes, Bullón componía elaborados retratos individuales o de grupo, tanto en su estudio como en exteriores. De su obra quedan algunas centenas de negativos en vidrio, unos incólumes, otros deteriorados por los hongos de la desidia. Sus retratados eran los jaujinos de los tiempos de la *belle époque*, fueran ricos o pobres, jóvenes o viejos cuya identidad aún se halla en proceso de investigación. Este tesoro gráfico fue recientemente descubierto por el coleccionista Jorge Bustamante, quien vendió a Cunliffe parte de su colección. A ambos, pues, debemos esta extraordinaria muestra semejante al trabajo de nuestros legendarios fotógrafos pioneros en el Perú: E. Courret, los hermanos Vargas, Martín Chambi.

En la trayectoria artística de Sonia Cunliffe se conjugan desde un primer momento las tareas de investigación, rescate y apropiación. Ha recreado muestras de su propio álbum familiar de fotografías pero igualmente otras en base a álbumes con anónimos personajes, adquiridos en anticuarios, y a los que supo darles una segunda vida. Destacan entre ellos la colección de prostitutas de la Lima antigua, la pareja erótica fetichista que se autofotografiaba, el olvidado archivo cubano de los niños de Chernóbil o el archivo carcelario de los primeros presos del Panóptico limeño.

Con esta muestra sobre el jaujino Bullón, que ofrecía a sus clientes “fotografías indelebles”, Cunliffe nos revela una doble intervención: las fotografías deterioradas por el tiempo cuyas manchas de hongos ella mantiene en memoria a la valoración que Duchamp daba al azar y lo espontáneo, y su instalación titulada “El muro de los fantasmas”, una pared de adobe con una ventana construida (por Sonia Cunliffe) con las placas de vidrio rotas del archivo rescatado, a fin de ilustrar una anécdota deliciosa. Según la tradición jaujina en una pared similar (que ya no existe, pero que existió en otros tiempos) se habrían utilizado así varios de esos espectrales negativos en placas de vidrio “que no servían para nada” por considerarse las placas una técnica obsoleta.

Con gran sensibilidad y sentido estético Cunliffe nos asombra y deleita una vez más.

Fernando Ampuero